



Tamoanchan

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP No. 25(26)

“El Hombre y las Plantas” 13 Noviembre 1988

Crisis de la Medicina Científica La Medicina Tradicional en la

Por: MAURIZIO ROMANO *

* (Antropólogo. BECARIO DE LA SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES DE MÉXICO)

Cada civilización se distingue de las que la precedieron por tener sus propias tradiciones e instituciones; instituciones éstas indispensables para facilitar al hombre su enfrentamiento con las dificultades que se le presentan en su vida cotidiana.

Las instituciones médicas no son una excepción a esta regla; la medicina, con todo su conjunto de conocimientos, de institutos, de médicos y de pacientes, sirve para aliviar los inevitables sufrimientos que son parte de la existencia humana. Pero todos sabemos cómo hoy la medicina científica de la civilización moderna está atravesando un período de crisis, porque el médico de hoy ha perdido su poder de cura y no sabe cómo manejar la enfermedad y al enfermo.

En estos últimos siglos de desarrollo de la ciencia se han logrado profundas transformaciones en la medicina, gracias a una filosofía que ha sustituido la visión mágico-mítica del mundo —como la de las sociedades tradicionales de las civilizaciones que pertenecen o han pertenecido a un mundo no industrializado— con una visión laica y exacta de la realidad según la cual el mundo es reconocible solamente a través de un acercamiento de tipo racional.

En el campo científico la prioridad de la razón sobre la emotividad y el instinto ha llevado a la medicina a tener un casi perfecto control sobre algunas enfermedades, demostrándose impotente en el tratamiento de otras. Entre estas enfermedades, que la medicina científica cura con dificultad o no puede curar —por ejemplo las alergias, muchos trastornos somáticos de origen nervioso, las enfermedades mentales, el cáncer, etcétera— hay enfermedades que han sido denominadas psíquicas o psicosomáticas, reconociendo así en el hombre la existencia de una parte psíquica estrechamente ligada a la parte física.

Los médicos y los antropólogos que han efectuado investigaciones en las sociedades de tipo tradicional y en las comunidades que, aunque existieron en países industrializados, mantienen un tipo de vida fuertemente arraigado en las antiguas tradiciones, a menudo han averiguado la presencia de curanderos que sin tener conocimientos médicos de tipo científico atienden a su propia gente con buen éxito.

En el artículo publicado el 31 de julio en este mismo Tamoanchan se habló de la presencia de médicos tradicionales en el Estado de Morelos; personas que desde hace mucho siglos y a pesar de los cambios históricos y políticos ocurridos en el tiempo, practican un medicina bien distinta de la científica. Estos curanderos demuestran saber cómo manejar muchos trastornos, respecto a los cuales la ciencia moderna parece poco eficaz, incluyéndolos en una visión del mundo mágico mítico que tiene relaciones tanto con la racionalidad como con la emotividad del individuo. Por eso en las intervenciones terapéuticas de los curanderos se ha encontrado la presencia de elementos empíricos racionales —como el conocimiento de las propiedades medicinales de hierbas, minerales y animales, la práctica de terapias elaboradas como el masaje, etc.— y de elementos mágico-religiosos —como el empleo de oraciones, las limpias, algunos rituales de purificación, etc.— Estos elementos, solos o combinados, frecuentemente se demuestran eficaces para el tratamiento de varias enfermedades que la medicina científica no cura.

En el Estado de Morelos, y en particular en la zona de los altos, el territorio que incluye los municipios de Tlayacapan, Totolapan, Tlaxiapa y Allatlahucan, existe una institución particular formada por médicos tradicionales que poseen técnicas terapéuticas y creencias mágico-míticas comunes: la institución de los graniceros. Estos curanderos, además de efectuar sus propias tareas de trabajo como campesinos, se dedican a la cura de enfermos afectados por una determinada clase de enfermedades que ellos llaman “de aire”. Entre las enfermedades “de aire” los científicos han encontrado varias patologías de tipo psicomático, muchas de las cuales son difícilmente curables por los médicos de patente.

Los graniceros son un grupo selecto, y la selección se realiza de una manera terrible: solamente los que son golpeados por un rayo y reciben particulares revelaciones que les conceden el poder de curar, llegan a ser graniceros. En la tradición popular se dice que estas personas también son capaces de manejar los elementos meteorológicos, llamar a la lluvia y desviar las tempestades, tomando de ésto el nombre de graniceros.

Don Alejo, hermano mayor del grupo, dice que la capacidad de curar ni se aprende ni es algo que les pertenece desde el día del nacimiento; éstos poderes llegan desde arriba: “es un don que le envía Dios”. Por eso, el que recibe éste don no puede rechazarlo y tampoco abusar de él; sino debe comportarse de una manera correcta poniéndose siempre a disposición de quienes necesitan de su ayuda.

El medio terapéutico que tiene más difusión entre los graniceros es “la limpia” o sea la purificación de las malas fuerzas del cuerpo del paciente, con lo que auyen-tan la enfermedad. Los graniceros atienden a los enfermos en sus propias habitaciones, cerca de un pequeño altar cubierto por imágenes de santos caldicos. Para dar limpias utilizan, según las enfermedades, huevos de gallina, hierbas, naranjas, alcohol y otra cosas más. Solamente en los casos de enfermedades muy graves los graniceros emplean un ritual más complejo, para pedir la intervención de las divinidades y estimular al paciente el proceso de curación. De todas maneras es siempre necesaria la confianza y la participación del enfermo en el proceso curativo. Don Trinidad y Doña Santa, pareja de esposos tocados por el rayo hace 18 años, reconocen que la fe es lo más importante para poder curar y ser curado: “sin la fe no se puede hacer nada” dicen ellos.

Esta clase de terapias, basadas sobre representaciones de tipo simbólico no siempre comprensibles desde un punto de vista científico, demuestran ser bastante eficaces en el tratamiento de los trastornos que la medicina moderna llama “psicosomáticos”. Sin embargo, la actitud de superioridad que muestra la ciencia moderna hacia lo que es antiguo, ha llevado a una devaluación de tales prácticas, las cuales en consecuencia, no han sido estudiadas con objetividad.

Actualmente, cuando la ciencia reconoce casos de “curación mágica”, los explica casi siempre como efectos de la sugestión, así que la disposición positiva del paciente, su estado de ánimo, la confianza en el curandero, las esperanzas de éxito de la terapia, serían suficientes para estimular este proceso curativo. Seguramente todo eso está en la base de la intervención terapéutica y no solamente en la medicina tradicional, sino también en la medicina científica. Además de este poder de la sugestión, se debe reconocer la capacidad del curandero para manejar técnicas que proveen estímulos sensoriales capaces de engendrar reflejos psicofisiológicos, con los secuentes cambios del estado químico del organismo humano. Este es un campo de estudio completamente abierto, que necesita una actitud diferente hacia los problemas de enfermedad y salud. Por eso hay que aprender de las antiguas tradiciones medicinales —como por ejemplo la de los indígenas precolombinos— y considerar a hombre en su conjunto psicofísico y no como un mero conjunto de órganos; un ser viviente en armonía con su propio ambiente y no como una máquina que solamente necesita carburante para marchar.

Esta defensa en favor de la medicina tradicional no es una propaganda para regresar a tiempos pasados. El fin de los investigadores es enriquecer el saber científico moderno con el estudio objetivo de todos los fenómenos naturales. En este caso, la ciencia médica puede expandir su campo de acción a través de la recuperación, sea de las técnicas empíricas acumuladas por la tradición, sea de la participación humana en las terapias, cuyos aspectos son hasta hoy de descubrir y revalorar en el contexto propio de cada expresión cultural.

Oceloxochitl-Flor de Tigre

Tigridia pavonia Ker.

Por Macrina FUENTES MATA

En varias ocasiones se hará mención al Jardín Etnobotánico del INAH para referirnos al sitio en donde se encuentran en estado natural, algunas especies de valor incalculable, ya sea por su uso y/o datos históricos. En la parte sur-este del jardín, entre la colección de cactus y los copales está la colección de plantas de épocas prehispánicas. Se encuentra desarrollándose discretamente una planta herbácea, esbelta y larga (70 cm), pariente de la gladiola: la “FLOR DE TIGRE”.



EN HISTORIA Natural de la Nueva España, de Francisco Hernández (1577)

La flor de tigre tiene una belleza que le permitió entrar al grupo de las flores reservadas para los nobles de alta jerarquía en épocas prehispánicas. Sus colores: amarillo, rojo, rosa, permiten que las inflorescencias, expongan a través de largos pedúnculos sus vistosas flores.

Debajo de los copales, retoñando año con año (de mayo a agosto), por lo menos desde hace 10, cuando se inició este jardín, y no se sabe desde cuándo podría estar en este sitio, la flor (9-10 cm), proyecta su estructura en forma de un triángulo, tres tépalos (terminó botánico dado cuando el cáliz y la corola (pétalos) son de la misma textura y color), de mayor tamaño, equidistantes y tres más pequeños entre los anteriores todos ellos de color anaranjado-rojizo; de finura extremada, formando un centro cóncavo, undimiento amarillito que consiste en numerosas manchas oscuras semejantes a la piel de tigre; características que nuestros antepasados observaron y utilizaron, para llamar a la en Náhuatl: OCELOXOCHITL (OCELOTL-TIGRILLO Y XOCHITL-FLOR). Llamen la atención sus estambres amarillos y sus estigmas sobresalen de ella a través de un filamento demasiado largo y delgado, y su función, asegurar la polinización para formar una cápsula, fruto que al madurar, moviéndolo emite un tenue sonido similar a la de una sonaja, habriéndose cuando seco por naturaleza depositado sabiamente sus numerosas y negras semillas, asegurando su existencia. La pronta y gradual marchitez, va desluciendo progresivamente su belleza, se hermosea.

La oceloxochitl, fue muy estimada por la belleza de sus coloridas flores rojas, se cultivaba en huertos y lugares húmedos, utilizándose para hacer coronas y ramilletes.

CACOMITE es otro nombre con que se le conoce a esta planta; la carnosa raíz del cacomitl, se vendía cocida en los mercados, su sabor comparado con el de la castaña cocida. También los antiguos indígenas usaban el bulbo como medicina para combatir las fiebres y provocar la fecundidad. Uso que en la actualidad se conserva.

El nombre botánico es *Tigridia pavonia* Ker. de la familia Iridaceae. Hierba nativa del centro de México. Existen diez especies mexicanas de este género pero las más comunes son las de color rojo y es probable que la raíz de muchas de estas especies se hayan empleado como comestibles, cultivándose más como ornamental que como medicinal.

Los Cursos de Horticultura del Jardín Etnobotánico del INAH

Por Margarita AVILES

En el período de vacaciones escolares a través de la Sociedad de Amigos del Jardín Etnobotánico y Museo de Medicina Tradicional y por el apoyo de COSSIES de la UAEM con alumnos de prestación social, en los meses de julio y agosto se impartieron dos cursos de “horticultura infantil” a niños de 6 a 8 y de 9 a 12 años de edad, estos fueron de gran éxito ya que a través de ellas se mostró interés y entusiasmo de los niños por aprender cuales son las condiciones favorables en el que se desarrollan las plantas, cuales son sus estructuras, sus funciones y cuales son los beneficios que ha obtenido el hombre a través de la historia.

En estos cursos los niños hacían recorridos al Jardín etnobotánico en forma periódica para reconocer las plantas que en él se cultivan, cuál es su clasificación taxonómica, su sinonimia popular, así como sus usos diversos. Entre las actividades que ellos realizaron fue el propagar algunas plantas de uso muy común como plantas ornamentales, condimenticias y medicinales. Sobre las plantas de uso artesanal con el bambú elaboraron lapiceros y maceteros; con los bulbos crearon “Put-Pourris” o “Sachets”, desodorantes ambientales.

A través de estos cursos para niños se tiene como objetivo el concientizar a la población sobre la gran riqueza cultural y biológica que en México ha existido y cuales son las necesidades para su conservación.

Sería interesante que las escuelas a nivel primaria y secundaria del estado de Morelos visitaran y utilizaran al Jardín etnobotánico como herramienta educativa para complementar sus programas de estudio. Los días viernes se dan visitas guiadas a grupos escolares, para mayores informes comunicarse a los teléfonos 12-31-08 y 12-59-55.